

La democracia contra la nación



Antonio Florencio Zoido (Monesterio, Badajoz, 1944) es licenciado en Filosofía por la Universidad Gregoriana de Roma y la Universidad Complutense de Madrid. Es miembro de la Fundación Machado (Cultura Tradicional) y del Consejo Ase-

sor de la Bienal de Flamenco de Sevilla. En 1982 fundó Editoriales Andaluzas Unidas y ejerció como director de la Biblioteca de Cultura Andaluza hasta que en 1985 pasó a ser director de publicaciones en la Consejería de Obras Públicas y Transportes de la Junta de Andalucía. Desde 1987 desempeñó cargos de asesoramiento en los gabinetes de varias consejerías. Entre 1994 y 1998 fue director del Parque Metropolitano de Sevilla (Parque del Alamillo). En 2017 asumió la dirección de la Bienal de Flamenco de Sevilla, cargo que ostentó hasta 2021.

La agresión de Rusia a Ucrania no tiene nada que ver con los asaltos vikingos, ni con los ataques de las legiones romanas, ni con los hunos de Atila, ni con el Drang nach Östen germánico, ni con las cruzadas, ni con Gengis Khan, ni con el sometimiento de los pueblos mexicas por los aztecas, ni con la colonización de América por españoles y portugueses, ni con la toma de Budapest por los turcos. La agresión de Rusia a Ucrania es, sencillamente, como un atraco a mano armada en cualquier calle de nuestras ciudades solo que multiplicado por cuarenta y tantos millones, perpetrado con las armas más sofisticadas, aunque llevado a cabo y justificado desde un concepto anacrónico de nación.

En la antigüedad la palabra nación designaba un conjunto de personas de un mismo origen étnico, pertenecientes a una comunidad y compartiendo un territorio. Referido a éste, el vocablo patria se refería a la ciudad en la que se había nacido. El sentido de la una y la otra cambió de raíz con la Revolución Francesa. Para los redactores de la Constitución de 1791 la nación era *"el conjunto de ciudadanos de un territorio dotado de sobe-*

ranía indivisible, inalienable e imprescriptible de la que emanaban todos los poderes destinados a conseguir la felicidad general".

Respondía a lo que necesitaban unas clases sociales dinámicas y, por tanto, opuestas al *ancienne regime* absolutista, vigente hasta entonces. La reacción del Absolutismo español, a parte de la "Guerra del Rosellón", fue anatematizar aquellos conceptos de nación y de ciudadano y poner en uso sagrado los de patria y patriota (asentados en la religión católica, claro), que seguirían insuflando ardores guerreros tres cuartos de siglo después en la Oda al 2 de mayo (*Oigo, Patria, tu aflicción/ y escucho el triste concierto/ que forman tocando a muerto/ la campana y el cañón*), del jiennense López García.

Casi al mismo tiempo que nuestro poeta ponía unos tras otros sus versos, veía la luz el *Manifiesto del Partido Comunista* que, paradójicamente, no era un documento aprobado por una gran convención de trabajadores, sino las reflexiones de dos pensadores, Carlos Marx y Federico Engels, sobre las relaciones entre la economía y la política y el papel que deberían desempeñar los obreros para intentar cambiarlas.

Partían sus autores de tres premisas que parecían absolutamente irrefutables. Una era la de que la historia estaba marcada por la acción del ser humano tendente a dominar la naturaleza por

medio de la ciencia y, con ella, extraerle cuanto se pudiera. La segunda era la existencia, en ese proceso de domesticación industrial, de incontrovertible plusvalía, estudiada por el primero de ellos en su obra *El Capital*: *"los dueños de los medios de producción (las fábricas, por ejemplo) obtenían las ganancias al quedarse con una parte del producto del trabajo realizado por cada uno de sus operarios haciéndolos trabajar un máximo de horas y gastando lo menos posible en su bienestar (salubridad, comodidad...)"*.

La tercera afirmaba la necesidad del internacionalismo para vencer al capital definitivamente, destruir su maquinaria de poder y pasar así a la construcción del socialismo y el comunismo.

La primera era algo compartido con los mismos capitalistas (el mundo era *"salvaje"* y era necesario civilizarlo) pero, volviendo a la segunda, teóricamente, la plusvalía impedía un mínimo progreso en la calidad de vida del inmenso sector de seres humanos (de ahí el axioma de que estos sólo podrían perder sus cadenas) al que llamaron con espíritu neoclásico *"proletariado"*, porque esos millones de personas sólo podían tener como suyos los hijos. La imposibilidad del progreso era lo que constituía la base de la Revolución Industrial que habría de llegar.

Para conseguir realizarla y abrir una nueva era de prosperidad es por lo que se llamaba en el ma-



nifiesto a formar partidos comunistas en el terreno político, sindicatos en el laboral y a desarrollar, en el ideológico, el internacionalismo superador de los nacionalismos burgueses, hijos de la Marsellesa.

Ese objetivo fructificó en la creación de la Internacional Socialista (o, mejor, de las Internacionales Socialistas), que falló estrepitosamente al estallido de la I Guerra Mundial, en 1914, cuando casi la totalidad de los partidos obreros marxistas abrazó el patriotismo de sus respectivas naciones.

De esa línea tan sólo se separaron algunos dirigentes como el francés Jean Jaurés, asesinado precisamente en circunstancias oscuras en los primeros días de la contienda, y la corriente de Lenin en Rusia, que impulsó las revoluciones antizarista y soviética de 1918 y consiguió proclamar la República de los Consejos de Obreros y Campesinos.

Ésta se proclamaba internacionalista pero hasta más acá de 1945 sólo existió en un país. Eso la sumiría en una contradicción con la que cargaría

hasta su desaparición porque, aunque por el camino esa revolución (teóricamente idéntica para todos) triunfara después en otros países, cada uno de ellos continuó siendo (y comportándose) como las demás naciones aunque con otras reglas.

En mitad del periodo pareció cumplirse la profecía que sobre las crisis capitalistas Marx y Engels habían anunciado en su "Manifiesto": el hundimiento de la bolsa de Nueva York creó un desorden mundial pero, a la postre, sirvió para reforzar la base del sistema gracias a la paradójica intervención del Estado con medidas que ayudaban a los obreros y, al mismo tiempo, los convertían en consumidores de los bienes producidos por ellos (que, en teoría, era lo mismo que se perseguía en el Estado de los Soviets). No sólo los trabajadores aprendían de las crisis; también lo hacía el capitalismo, que abrazó la causa del internacionalismo creando las corporaciones multinacionales, los paraísos fiscales...

Al margen quedaban las colonias de las potencias europeas. Las intervenciones de EEUU en Hispanoamérica y Asia y el tercer supuesto (el de la victoria sobre la naturaleza y el aprovechamiento de sus tesoros), aceptado "*a pies juntillas*" por los unos y los otros.

Así se llegó a la II Guerra Mundial, nacida del concepto de nación disfrazada de "raza" y de la necesidad de un "espacio vital" para sus indivi-

duos. De ella se salió en 1945 con parámetros nuevos: el mundo ya no se dividía entre potencias colonialistas europeas y territorios colonizados en África, Asia u Oceanía, sino que estaba partido en dos bloques, encabezados por la primera colonia que casi dos siglos antes había conseguido la independencia de su metrópolis, los Estados Unidos de América, y por el país en el que, teóricamente, la clase obrera había llegado a detentar el poder político: la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas.

**No sólo los trabajadores
aprendían de las crisis,
también lo hacía
el capitalismo**

La trágica realidad de la bomba atómica (la primera constatación de que la Tierra podía tener un final) mantuvo fría la contienda, pero el mundo colonial decimonónico, ya sin sentido, se derrumbó como un castillo de naipes aunque de ello no salieran vencedores los, hasta entonces, pueblos sojuzgados por las potencias sino EEUU, la única gran nación sin colonias y con clases sociales distintas de las que provenían del feudalismo, y la URSS, erigida en gran valedora ante las ansias neoimperialistas de aquella y en dique de contención de los excesos capitalistas en Europa.



En los Estados Unidos los millones de personas, llegadas de todos los países europeos y asentadas sobre la destrucción de los aborígenes y sus asentamientos, habían puesto en marcha procesos vitales muy distintos a los del "viejo mundo" al no estar constreñidas por situaciones heredadas sino, al contrario, ser libres (en muchos casos "criminalmente libres") para optar por varias opciones que las encaminaban hacia unas clases medias en disposición de adquirir bienes raíces, de uso o de consumo. Muchos de estos últimos ya no eran de primera necesidad mientras otros, tomados de la naturaleza sin ninguna cortapisa,

podían producir a sus propietarios ganancias mucho mayores a las que podían obtenerse en el viejo mundo.

En Europa, la URSS mantenía el "palo levantado" de la vieja revolución proletaria (renovada, tras Rusia, en China y, sucesivamente, ensayada en Vietnam, Cuba y algunos otros lugares del "Tercer Mundo") ayudando así a la moral de cientos de millones de trabajadores asalariados, a que sus movilizaciones sirvieran para obtener mejoras económicas y a mandar, ya definitivamente, al baúl de las antiguallas la Ley del Salario de cobre.

Con aquel "sueño americano" traducido a otros idiomas y otras tierras comenzó el consumo masivo que, en mitad del siglo XX, se desarrollaría en buena parte del planeta. Un planeta que los del bando de economía liberal o los de la economía de Estado consideraban en la práctica con recursos inagotables y donde el único peligro estaba en el uso bélico de la energía nuclear.

Fue ese principio el que presidió esa Guerra Fría en la que, a lo largo de medio siglo, cada nación (aunque sometida a los condicionantes de uno de los dos bandos) intentó fortalecerse bien con la consecución del arma letal, bien con la exhibición de sus adelantos técnicos y tecnológicos, bien con la del nivel de vida de sus ciudadanos, bien con las tres cosas.

En lugar de que se internacionalizara la clase obrera, lo hicieron las empresas que explotaban de forma suave a los operarios de las antiguas metrópolis y de forma descarada a los millones de

personas obligadas a dejar sus lugares de origen por el fracaso del proceso de descolonización.

La Guerra Fría sirvió, sin duda, para que aquellos capitalistas primitivos retratados por *El Capital* siguieran evolucionando, para que naciera y se desarrollara un medio de comunicación (internet) que ni siquiera los revolucionarios escritores de ciencia ficción habían imaginado, pero del que consiguieron hacer uso hasta quienes llegaban a Europa en patera, y para que la prole de los viejos proletarios de media Europa y de Estados Unidos consiguieran vivir en lo que dio en llamarse "*sociedad del bienestar*".

La sociedad del bienestar general, enraizada en unos pilares básicos (sanidad, educación, igualdad de género, paz, anulación de fronteras, salario mínimo vital...) asegurados para todo el mundo sería el "*nuevo comunismo*". La igualdad universal quedó reducida entonces nada más, ¡y nada menos!, que a la aspiración de consolidar una sociedad del bienestar perdurable.

Cuando el hielo de aquella contienda se deshizo con la desaparición de la Unión Soviética y su zona de influencia y con el abandono de los principios internacionalistas por parte de China (a lo mejor nunca los había adoptado a juzgar por las alabanzas que, en su obra poética, Mao dedica a Jengis Khan), la idea de nación emergió de nuevo en todo su esplendor.

Con aquel "sueño americano" traducido a otros idiomas y otras tierras comenzó el consumo masivo que, en mitad del siglo XX, se desarrollaría en buena parte del planeta

Y pudo hacerlo porque, como ya he dicho, a lo largo de todo el periodo descrito, la Ley del salario de cobre, que parecía incontrovertible en los primeros tiempos de la Revolución Industrial (de la misma manera que lo parecían los axiomas de Malthus que hablaban sobre la imposibilidad de alimentar a una población con crecimiento mucho más rápido que la capacidad productora de alimentos de la tierra o los mares) se había derrumbado en USA antes de la Gran Guerra y, después, en el resto del mundo industrializado.

Sin que hubiera terminado ni mucho menos "*la explotación del hombre por el hombre*", las familias obreras de estos países comenzaban a participar (más bien, eran empujadas a ello) de un cierto bienestar en lo tocante al disfrute de bienes de consumo, de máquinas que hacían más agradables sus vidas y de entretenimientos como el cine y la televisión que dinamitaba aquello de que no podría haber nada entre el trabajo y el descanso.

Después de la explosión de la bomba atómica quedó claro que existía la posibilidad de la destrucción del mundo pero, en la lógica de la dialéctica hegeliana, nadie fue capaz de enunciar una nueva síntesis: las figuras del post-leninismo (Stalin, Jruchev y Mao Tse tung) se pasaron con armas y bagajes al nacionalismo al ser incapaces de resistir la presión de la naciente y floreciente economía del consumo que, en realidad, era

El uso desmesurado e insensato de todos los elementos que habían construido el progreso y el bienestar terminaría en un desastre universal

el nuevo fantasma que no sólo recorría Europa, sino que inundaba los cinco continentes.

Año a año millones y millones de personas fueron pasando al nivel de clase media en muchos lugares del globo, mientras que, en otros, quedaban en desuso los golpes militares y los señoríos de la guerra. En ese proceso aparecieron también nuevas coordenadas vitales y las palabras "*explotación*", "*opresión*" o "*liberación*" adquirieron nuevas acepciones: ya no quedaron referidas solamente a lo económico o a lo colonial, sino que pasaron a ser banderas en otros territorios como los del género, el sexo, los sentimientos, la ecología...

Y, por encima de todo ello, con la incorporación de cientos de millones de personas a la modernidad se abrió paso la certeza de que de aquella lucha contra la naturaleza que compartían los dos bandos de la Guerra Fría se derivaban los proble-



mas más serios a los que la humanidad se había enfrentado desde el comienzo de los tiempos.

Se constataba no sólo que todos los elementos con los que se había mantenido la vida en la Tierra y los que habían construido el progreso y el bienestar eran finitos, sino que su uso desmesurado e insensato terminaría en un desastre universal. Únicamente hacía falta que, como en los tiempos de Carlos Marx y Federico Engels, cientos de millones de personas tomaran conciencia del problema.

Pero, aunque esté demostrado científicamente que con la cooperación siempre ganan las dos partes (todo esto está resumido en muchos trabajos, por ejemplo, en el libro *El dilema del Prisionero*, de John von Neuman) por doquier aparecen señales de que se optaba por lo contrario. En vez de corrientes solidarias universales, emergió de nuevo la vieja idea de nación con las mismas características de la tribu ancestral. Y así hemos llegado a la creencia de que quien tiene en abundancia algo importante para el bienestar general (llámese petróleo, gas, trigo, madera,

tecnología...) o posee una situación privilegiada puede usarlo con idéntica contundencia a la del mono que, en *2001 una odisea del espacio*, blandía el hueso de un equino muerto.

El resurgimiento de la nación como algo cerrado, exclusivo y antepuesto a cualquier otro valor, ya sea en Estados Unidos, Brasil, Rusia o la India, en corrientes políticas europeas, desde Hungría a Italia y Suecia pasando por la Cataluña centrí-

fuga o la España centrípeta, constituye una nueva manifestación del Absolutismo antiilustrado que pone en serio peligro no sólo el porvenir de cada uno de estos enclaves, sino la civilización del propio planeta, construida paso a paso desde la antigüedad y cristalizada como razón universal en la Ilustración.

Aunque la cotidianidad haya conferido apariencia de lógica a estas posturas, la estampa completa

se parece como una gota de agua a otra a la de las naciones que, antes de entrar en los combates de la Gran Guerra, imploraban la victoria al mismo dios, lo cual lo llevaría a la divinidad, a la perplejidad infinita y a su ira contra todos por obligarla a solucionar un conflicto irresoluble. Porque que cada cual marche bajo la bandera del "yo primero", y todos lo hagan a la vez, es imposible.

La posibilidad de contrarrestar este vector de irracional egoísmo aparentemente imparable no puede estar en otro sitio que en el fortalecimiento de un nuevo internacionalismo en base



a los movimientos supranacionales (un sindicalismo abierto que englobe a los "*sin papeles*", feminismo, ecologismo, orgullo arcoiris, consumerismo...) y a un europeísmo superador de sus propias naciones avanzando en la anulación progresiva de las soberanías particulares y en el avance progresivo hacia la vertebración integral del continente en base a los principios de democracia tal como, filosóficamente, la concibió la Ilustración.

Ese es el toro que habrá que lidiar. Hoy mejor que mañana. Mañana mejor que pasado. Cuanto antes.

Sólo eso hará posible que no se celebre el concierto de la campana y el cañón tocando a muerto.